

Hace casi una treintena de años, cuando vestidos de "pipi" tomábamos el tren rumbo a Vitoria para reintegrarnos desde allí a nuestros respectivos destinos, después de haber disfrutado de algún apetecido permiso, conocí a Juan San Martín con quien coincidí en algunas ocasiones para separarnos en Miranda. El a Burgos y yo a Zaragoza. Estábamos en la "mili".

Aunque atravesábamos una época de hambre, más acusado en nosotros porque nos acuciaba el apetito propio de la edad, no estuvimos exentos de humor. Y así, durante el trayecto, mientras tocaba yo zortzikos y algunos cantaban, otros se dedicaban por los vagones en recaudar "fondos" con el gorro de dos picos en la mano para poder reponer en la primera ocasión el exiguo líquido que quedaba en la bota de vino que nos acompañaba.

Debido a estos pormenores, conservo aún en la parte interior de la maleta de madera que empleé como soldado, un dibujo alusivo a un txistulari, por cierto muy bien logrado, que me envió Juan San Martín desde la ciudad del Cid.

Pero no es mi intención contar anécdotas de esta etapa de la vida, sino reseñar una breve semblanza de lo que es, de lo que cuenta en los medios culturales regionales este mi amigo eibarés.

Hace años, él fue un excelente montañero y la gran escuela que es la montaña para estudiar la naturaleza en su más puro ambiente le llevó a la espeleología, y a observar con atención las joyas arquitectónicas, las pinturas que se exhiben en los templos, las imágenes y ornamentos de nuestras ermitas, las particularidades de los caseríos, y muchísimos otros detalles que a la mayor parte de nosotros nos pasan inadvertidos.

Empujado por estos impulsos y arrastrado por sus inquietudes desembocó en el estudio, en el deseo de hallar el porqué y la razón de ser del amplio panorama que ofrecía esta inagotable gama cultural.

Eibar tiene en él a un centinela permanente que vela por su historia, por sus obras artísticas y sus labores artesanas. Pero no sólo es "su" Eibar el beneficiado por este autodidacta, sino también toda la comarca y el país. No ol-

# UN EIBARRES DE PRO

## JUAN SAN MARTIN

videmos que ejerce la secretaría de la Euskalzaindia —Academia de la Lengua Vasca—, escaño que ocupa por su propio mérito.

¿Qué hubiera sido, hasta dónde hubiera llegado si en su niñez hubiera contado con los recursos docente que algunos no han sabido aprovechar mientras otros no han obtenido el resultado apetecido por falta de capacidad?

Estoy convencido de que las cosas, mejor se ven desde el exterior que des-



de su médula. Y este es el caso, se desestima lo propio y se aprecia lo ajeno. Además, me atrevería a afirmar que este proceder es uno de los clásicos defectos del pueblo vasco. No hay que hablar sólo de virtudes sino también de las imperfecciones, aunque duela decirlo. Total, que somos bastante "kanpolarras" por naturaleza.

Estas consideraciones me impulsan y obligan a escribir sobre Juan San Martín y no la simple adulación, procedimiento que siempre he repudiado.

He observado el trayecto que sigue Juan San Martín desde una atalaya ale-

jada de su pueblo natal y esto constituye una ventaja porque no influyen prejuicios ni factores de la vida comunitaria, aunque, en otro orden sea yo de los de dentro. Lo juzgo por su obra, por sus escritos y por sus inquietudes.

Mientras Eibar duerme, Juan San Martín vela en su despacho, a veces, hasta avanzadas horas de la noche. Su leonera, con el revoltijo de libros y papeles sobre la mesa y las sillas contrasta con el orden de los libros en los estantes. Pero él sabe por donde se anda. Gran variedad de temas están siempre a su alcance. Escribe, estudia, piensa...

Cuando en algunas ocasiones hablo con él para consultar algún dato —empleando nuestro léxico particular exento de reglas académicas— me sorprende la rapidez de su búsqueda y la correspondiente respuesta.

—"I, Juaitó ¿ba dakik....."?—

—"Itxaik pizkat, segitxuan ezango eua"—

Y al poco tiempo dispongo de la nota que me interesa. Luego se prolonga la conversación hasta que las manecillas del reloj nos advierten que estamos contribuyendo demasiado en beneficio de los accionistas de la Telefónica.

Eibar, con los extintos Toribio Echeverría, Indalecio Ojanguren y algunos más, tiene en Juan San Martín a uno de sus baluartes culturales. De esos a quienes se echa en falta cuando no están.

Sé perfectamente que con estas líneas estoy causando una ofensa a la natural modestia de Juan San Martín —;bar-katu, Juaitó!— pero me siento redimido de esta culpa ante la íntima convicción de haber dado un latigazo al aletargado concepto cultural de quienes están obligados a considerar la eficacia de su callada labor percatándose de lo que ello supone.

Finalmente he de decir que a eibarreses y placentinos, unidos históricamente por tantos factores laborales, por apellidos que se confunden en su origen y por tantas otras cosas comunes, nos separa territorialmente el monte "Illordo" que, con perdón de los etimologistas, significa "la hora de la muerte". Y en esta hora suprema inexorablemente nos separamos todos.

Ramiro Larrañaga